GABRIELA ADAMEŞTEANU

FONTANA DI TREVI

TRADUCCIÓN DEL RUMANO
DE MARIAN OCHOA DE ERIBE

BARCELONA 2024 ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Fontana di Trevi*

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© by Gabriela Adameşteanu
© de la edición original, 2018 by Editura Polirom
© de la traducción, 2024 by Marian Ochoa de Eribe
© de esta edición, 2024 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-19036-95-7
DEPÓSITO LEGAL: B. 5446-2024

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2024*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

LA ALAMEDA DE LOS TILOS

1. Petru Arcan 11
2. Claudia Felicia Morar 34
3. Sorin Olaru 58
4. Sultana Morar 79
5. Dorina Gabor 102
6. Aurelian Morar 123
7. Tincuţa 145
8. Alina Izvoranu 167
9. Junior 189
10. Harry Fischer 211
11. La vida a tres 234
12. La doctora sin nombre 257
13. Claudiu Morar 279
14. Daniel Izvoranu 302
15. La villa de la calle Domniţa Ralu 322
16. Caius Branea 341
17. Rafael Branea 363
18. Traian Branea 385

«ALLÉE DES TILLEULS»

19. La vida bicolor 407

Personajes 427
Árbol genealógico de la familia Branea 429

A Radu, con quien conversé a menudo
mientras escribía este libro.

Lo miraba vivir: mi opinión sobre él se modificaba de continuo, cosa que sólo sucede con aquellos seres que nos tocan de cerca; a los demás nos conformamos con juzgarlos en general y de una vez por todas.

MARGUERITE YOURCENAR,
Memorias de Adriano

LA ALAMEDA DE LOS TILOS

I

PETRU ARCAN

He extendido la mano derecha hacia la mesita para apagar el despertador, antes de oír el gruñido de disgusto de Petru debajo de la almohada con la que se cubre la cabeza noche tras noche. Los ruidos no pueden molestarle, porque oye cada vez peor, y porque en Neuvy reina un silencio que no podría haber imaginado antes de llegar aquí. Pero no le digo nada, adquirió esa costumbre en los internados por los que pasó de pequeño, que apestaban a ropa humilde y a cuerpos poco lavados, y en esta segunda vida nuestra me esfuerzo por no ignorar que, incluso en un hombre huraño como él, se esconde un niño sin infancia.

La mano tantea en el vacío, ningún despertador, ninguna mesita y, en lugar del cuerpo de Petru abotargado por el sueño y por la edad, me encuentro con la pared, *mince!* La memoria llega al mismo tiempo que el olor desconocido de la habitación: estoy en Bucarest, en el apartamento de la Alameda de los Tilos de mis amigos Sultana y Aurelian Morar. Anoche, cuando hablé con Petru, se había tomado ya las pastillas y lo oía bostezar; aquí es una hora más, pero, de hecho, ¿qué hora? No tengo ninguna referencia para situarme. Se oye el golpeteo denso de la lluvia en el cristal y la luz cenicienta del alba se cuela por el visillo lila y la cortina morada, los colores favoritos de Claudia, la verdadera inquilina de la habitación.

Claudia es la hija única de los Morar. Siempre que preparo un viaje a Rumanía por la herencia de mis tíos, antes de comprarme el billete en internet, le pregunto a Sultana si está libre la habitación de su hija.

—Claro que está libre, ¿por qué sigues preguntándolo?

Siempre me parece que fuerza la voz para que suene natural. ¿Cuántos años han transcurrido desde que Claudia no pasa por casa? ¿Siete? ¿Más aún?

Tengo los ojos pegados por el sueño y parece que algo se mueve en el espejo de cristal de Murano, enmarcado en negro con incrustaciones de nácar. Tal vez la carita afilada, de zorrito, y el cuerpo escuálido de una adolescente anoréxica, el aspecto que tenía Claudia antes de empezar su gloriosa sucesión de becas. O mi rostro de cera, con ojeras moradas, que no reconocí cuando los Morar me trajeron hasta aquí, desde el hospital, en su Trabant. Con cada sacudida apretaba los dientes para no dejar escapar ni un gemido, pero lo peor fue subir las escaleras, el ascensor no funcionaba: el habitual ahorro de energía. Me arrastré, aferrándome a la barandilla y empujada por ellos, hasta que me vi ante este espejo veneciano que entonces reinaba en el vestíbulo.

No fue Sultana, que todo lo ve, sino Aurelian, que está siempre con la cabeza en las nubes, quien entendió por qué me había quedado clavada delante de él.

—Venga, Lety, tú misma te asombrarás de lo rápido que te vas a recuperar—dijo dándome un golpecito en el hombro.

Y, ciertamente, sólo en el espejo que resistió todas las mudanzas de los Morar, de la villa en la calle Şerban Vodă hasta la Alameda de los Tilos, podría volver a encontrar mi mirada aterrada de entonces.

Han transcurrido tres décadas desde que emigré, pero me dicen que los años no han pasado por mí. Tengo el aura de quien viene de «fuera», otro *look*, como dice Daniel, el sobrino de los Morar, mi «profesor» de «ruminglés». Las mechas rubias y las cremas antiedad rejuvenecen mi rostro, los pañuelos azules y verdes enfatizan el color de los ojos, el colágeno mantiene el tono de la piel, y las hormonas sintéti-

cas, la humedad vaginal. En la clínica donde trabajo me he arreglado la piel arrugada del cuello. Mis maletas están llenas de ropa y zapatos de marca, comprados el primer día de rebajas. Me maquillo discretamente, discretas son también mis joyas. Sin recurrir a inyecciones periódicas de ácido hialurónico y de bótox, presento un aspecto distinto al de mis antiguas compañeras de aquí, porque tengo dinero suficiente y fuerza de voluntad para cuidarme. He eliminado la mantequilla y el azúcar, ya no fumo, nado, juego al tenis y, cuando no tengo clase de fitness, yoga, Pilates o Qi Gong, procuro acostumbrar al deprimido de Petru a caminar. Soy lo que como, soy lo que parezco: una triunfadora. Y todos los días, como un mantra, me repito que soy una persona distinta de la que bailaba, desnuda, con su compañero de oficina, Sorin Olaru, en el estudio del amigo Florinel.

Levanto la cabeza de plomo de la almohada, unos pinchazos agudos se me clavan en la nuca, en las sienes. He recordado los pasillos oscuros del Edificio que exploraba en busca de Sorin. La obsesión de aquella época: acercarme a él, como por casualidad, tal y como me había indicado, para que me dijera dónde nos encontraríamos. El miedo a que nos viera alguien intercambiándonos notas escondidas en los libros, las piernas temblorosas, la sangre golpeando ensordecedoramente en las sientes. El sueño que regresa de nuevo siempre que vuelvo aquí. Un disco cada vez más deteriorado que anuncia la migraña.

Debo quedarme dormida de nuevo para no perder esa mirada segura que he conseguido en el Otro Lado. La confianza en mí se basa en la fe, imbuida por mi psicoterapeuta Aurélie, en que soy una persona diferente a la que se veía a escondidas con Sorin. Pero las noches sin dormir me pasan factura y hoy debo tener la mente despejada para entender por qué Junior ha renunciado a Macovei, nuestro antiguo abogado, y me endosa uno nuevo.

Junior es el mote que Petru le asignó mi hermanastro, Caius Jr. Branea, para no confundirlo con el tío Caius Branea, el de la «herencia gorda», como lo describía Macovei.

Estoy tumbada de espaldas, con los ojos cerrados, con las palmas hacia arriba, y relajo cada músculo, procurando visualizar un árbol nudoso, con un follaje verde y fresco, proyectado sobre un cielo azul. Pero sigo en el pasillo oscuro del Edificio y veo a Sorin a plena luz. Los movimientos ralentizados, la piel arrugada, las manchas de vejez en las mejillas, en la frente despejada por la falta de pelo. Tiene sesenta años, puede que más, pero no ha perdido su ternura; es mi Sorin, siento la sombra de su altura igual que entonces, cuando bailábamos en el estudio del amigo Florinel, frágil, protegida por su cuerpo grande. Y me siento relajada, para que los que me rodean se convenzan de que he olvidado el pasado. Así me comporto, así hablo, así río. Pero qué inseguro se siente aquel que miente todo el tiempo. ¿Se miente a sí mismo?

¡No! He olvidado el pasado, puesto que he prometido incluso ir a la fiesta de Dorina: la celebración de la matanza con paté, morcillas y carne frita en manteca, con áspic y embutidos frescos, botellas de *ţuica* y damajuanas de mosto. Todo ello acarreado desde el pueblo por sus avispados padres. La sempiterna fiesta de la institución, todos conocen las debilidades ocultas de los demás y, como de costumbre, despedazan al ausente. Sorin escucha, sonriente, hasta que se decide a mostrar su *fair-play*:

—¡Vamos, no está bien eso que estáis haciendo! ¡Basta ya de cotilleos!

No me interesa la fiesta, sólo quiero encontrarme con él, como en otra época. Nos hemos alejado de los demás y hablamos en voz baja, ¿y si quedamos, después de tanto tiempo, para charlar un rato? Él ha dejado caer la invitación,

como si me hubiera leído el pensamiento. Saca la libretita de entonces y anota, cuidadoso, «Alameda de los Tilos 77, bloque 1, portal A, ap. 22». Conozco, incluso en sueños, la dirección de la familia Morar, y como prueba se la digo ahora, en sueños.

¿Estoy dormida o despierta? ¿Ha sido acaso una muestra de debilidad aceptar que nos veamos como entonces? Pero no, es al revés: si he podido hacerlo es porque me he liberado del pasado. O que no me voy a liberar de él jamás.

Con un vestido amplio, con el pelo corto, pegado a la cabeza, Dorina no nos quita ojo, pero ríe y juega su papel más exitoso, el de bufón. El bufón de las obras isabelinas que dice verdades inconvenientes. Las bromas feroces de Dorina sobre sí misma—que es fea, que no tiene éxito con los hombres, que sufre de soledad y que quiere casarse—hacen que se me encoja el corazón de pena.

En sueños sé que ha conseguido arrebatarme a Sorin. Él me llama desde la oficina, tiene muchas cosas en la cabeza, además es también el cumpleaños de Dorina:

—¡Pero antes pasaré por tu casa, que es lo que te he prometido, Lety!

¡Y de hecho ha venido, míralo! Nos desnudamos y nos metemos deprisa en la cama, veo todo desde arriba, como si fuera una cámara colocada en el techo. De debajo del edredón asoman nuestras cabezas jóvenes, ¡sólo que somos tres! Junto a Sorin brillan los dientes carnívoros de Dorina.

—¡Te dije que te traería un regalo! Y he cumplido mi palabra, ¡mira!—ríe.

Salto de la cama y me cubro, nerviosa, con la ropa.

—¿Cómo has podido hacerme esto?—grito.

—No tenía otra forma de apañármelas, ¡ya te dije que era su cumpleaños!

Su risa chirriante… Es el mismo Sorin que he conocido siempre.

—¡Voy a salir de esta habitación! ¡Voy a salir de tu vida! ¡De este sueño estúpido! ¡Esta vez para siempre!—le grito.

—Pero que sepas que no tengo nada contra ti—le digo a Dorina, que sonríe amistosamente junto a Sorin.

¿Por qué me he despertado para decirle eso? ¿Acaso puedes saber cómo es Dorina de verdad? Cuando llegó—miembro del Partido desde que era una estudiante universitaria—, se percibía en ella la experiencia en la vida de la organización y enseguida trepó a la camarilla de la directora. Merodeaba por todas partes y así nos enterábamos también nosotros de lo que sucedía al otro lado de las puertas cerradas. Escribía telegramas para Ceauşescu, pero propagaba chistes políticos por los despachos. Contaba, compasiva, cómo había recibido cada uno el sobre, la «reestructuración» de la institución, pero también ella había formado parte del equipo que decidía quién se iba y quién no. Dorina Gabor es una chica maja; gracias a ella tenemos a uno de los nuestros ahí dentro, entre los jefes malos, dicen todos. Dorina, mi devota amiga. La devota amiga de Sorin.

—Yo soy una oportunista—dijo riendo provocadora y, como de costumbre, no supe si bromeaba o si hablaba en serio.

Me sobresalto cuando el timbre desgarra de nuevo el frágil tejido del sueño. El desconcierto del oído, obligado a identificar los ruidos de un lugar desconocido. Me agito, disgustada, pero ya no tiendo la mano para apagar el despertador, he recordado dónde estoy. La luz sangrienta-grisácea me anima a remolonear en la cama, ¡qué jaleo me espera hoy! Tengo que comprobar el estado de la villa de la calle Domniţa Ralu, donde vivió Caius Branea en los años

cuarenta, quedar con Junior y con el nuevo abogado en la Brasserie, en Herăstrău, ir con Daniel a visitar al editor, quienquiera que sea.

Pero ¿qué hora será? No veo por ningún sitio las agujas fosforescentes, no oigo el tictac. Con las paredes cubiertas de fotografías enmarcadas, la habitación de Claudia es un inmenso herbolario que ha aplastado su infancia, resucitada tan sólo en sus sueños italoamericanos.

Y, de hecho, ¿qué me ha despertado? ¿El reloj invisible o el teléfono?

Escucho el rumor lejano de la calle y las gotas de lluvia que golpean, redondas, el cristal, en un intento por calmar mi frustración: si no hubiera sonado este desgraciado de despertador, habría seguido hablando con Sorin, aunque fuera sólo en sueños.

Pero ¿para qué me serviría hablar con ese hombre desconocido? No llegué a conocerlo ni en la juventud, cuando nos amamos a escondidas varios años. ¡Después cambié de amantes, de trabajo, de país y durante mucho tiempo no he pensado en él!

Me estiro, bostezo, el dolor de cabeza ha desaparecido, ¡qué raro! En un fichero de mi cerebro sobrevive, intacta, la criatura irreflexiva que fui en otra época y que desea todavía meterse, febrilmente, en la cama de Sorin. Un insecto de una especie desaparecida que late, vivo, en una gota de ámbar transparente. Y en otro fichero de mi mente se halla una criatura sabia que también parece ser yo. Ella ha inventado esa historia del sueño para advertirme de que Sorin no es ya sino el caparazón seco del joven al que amé en otra época. Incluso aunque las heridas que dejó la traición vuelvan—como los dolores reumáticos con los cambios de tiempo—, todo quedó petrificado la noche en que nos separamos y para las preguntas no formuladas a tiempo no obtendré jamás una respuesta.

El deseo vergonzoso de estar con Sorin se había agotado, pero el pasado me carcomía aún: cuando vuelvo aquí, me embarga la «memoria de la tierra», la expresión favorita de Petru.

En Rumanía no la escuché demasiadas veces de sus labios, sólo echaba pestes y bufaba porque su carrera se había bloqueado por culpa de mi «dosier familiar».

En cuanto el profesor Stan, uno de los pesos pesados de la facultad, con un sólido respaldo político, se jubiló, a Petru le quitaron el curso de poética literaria estructuralista, inspirado en las teorías de Roman Jakobson, al que había conocido en un coloquio sobre lenguas románicas en el Instituto. Se quedó tan sólo con los seminarios dedicados al análisis de textos, algo de lo que se ocupaban también otros. A la revista de investigación llegó un director nuevo que no quería ni oír hablar de Hjemslev, Greimas, Todorov, Kristeva y «toda esa pandilla de fugados» y, en cualquier ocasión festiva, la llenaba con homenajes a Ceauşescu.

El profesor Stan firmó también, durante toda la vida, unas «lenguas» obligatorias—así llamaba él a los artículos dedicados sucesivamente a Stalin, al Partido y a Ceauşescu—, pero sólo en *Scânteia*, el órgano de prensa del Partido: su revista la mantuvo «limpia».

Como secretario de redacción, Petru intentó, tras su marcha, mantener esa línea. Escribía un editorial sin firma sobre un tema político y metía una cita de Ceauşescu al principio y otra al final. Al cabo de un mes, el nuevo director le informó secamente de que iba a renovar a su equipo y de que su nombre había desaparecido de la lista de la redacción. Más o menos por esa época perdió también el programa de radio, otra señal de su caída en desgracia, se quejó. Pero Sorin me dijo que habían eliminado todos los progra-

mas culturales y la programación televisiva se había reducido a tres horas: el *Telediario* consagrado a la pareja presidencial. Puesto que sólo pensaba en Sorin, no me di cuenta de que Petru se había convertido en un simple ayudante al que la primera «reestructuración» podía expulsar del departamento. Tampoco reconocían su doctorado: él, que se había pavoneado con los elogios obtenidos en la defensa de la tesis, sufrió un verdadero ataque de rabia cuando no le llegó la confirmación por no haber recibido el visto bueno del Partido. Esperaba, cada vez más enfadado, la respuesta a las memorias elaboradas con otros doctorandos, también pendientes de confirmación. Y por la noche toqueteaba como un loco el aparato de radio para sintonizar Europa Libre.

—¡A vosotros os viene bien haceros los héroes, pagados y protegidos por los estadounidenses!—farfullaba cuando conseguía dar con la emisora que apenas se oía.

Renunciaba enseguida y, más enfadado aún, cogía la botella de vino albanés y se marchaba al dormitorio.

—¿No vienes también tú?—me soltaba por encima del hombro.

—Ya voy, ya voy—prometía yo, pero seguía haciendo cosas por la casa para poder acostarme más tarde, sola, en el sofá de la entrada.

Finalmente, Petru consiguió, él sabrá cómo, recibir el pasaporte para una conferencia en Ginebra y no regresó. Trabajar en la emisora Europa Libre era el último trabajo al que habría aspirado, pero cuando esto sucedió, le pareció que la suerte lo había elegido. No había podido apelar a su doctorado, no tenía artículos en revistas internacionales, tampoco relaciones en universidades occidentales. Había acabado como vigilante en un garaje de Múnich, donde también lavaba coches.